



En un pueblito de La Mancha, cuyo nombre prefiero no referir, habitaba una suerte de gentilhomme de pèrtiga en percha y escudo anciano. Tenía un fiasco de caballo y un veloz can. Gustaba tomar res en el almuerzo y frijoles en la noche.

Había en su residencia una ama que pasaba cuarenta, que igual lustraba la recámara que



SI EL QUIJOTE LO HUBIERAN ESCRITO... ... LOS QUE DOBLAN TELEFILMES

pasaba el fierro a las piyamas, una sobrina veinte años vieja, aunque miraba más joven, que lucía linda y un muy fiel sirviente, industrioso hombre.

Era llamado, Quijano, Alonso Quijano, Don Quijote para los amigos.

Dióle la afición, en vez de jugar cartas o tomar licor en las rocas, por la lectura de hazañas de exitosos héroes en la ficción, lo que hacía con frecuencia pues tenía abundancia de tiempo, y que provocóle jaquecas tales que hubo de encamarse varias veces.

Un día, a las seis después me-

ridiano, Don Quijote, dando un toquido, apremió a su criado: ¡Sancho, Sancho!

—¿Me mandaba llamar? —inquirió el mucamo.

—Sí —respondióle—, he decidido que me nombres comisario, para partir a la captura de pillos y rufianes y demás malvados fuera de la ley.

—Siempre estoy presto a partir con vos —dijo Sancho (Panza para los amigos)—. ¿Estáis en una prisa?

—Correcto, partiremos mañana en la mañana. Recuerda lo que dijo Amadis: "¡Adelante!"

—"Siempre con tu señor", Jónás a los beocios, quince sesenta y tres —asintió el ayudante.

Y así dieron comienzo sus aventuras.

Esperamos que les haya gustado y tenerles con nosotros la próxima semana. Ahora aguarden un instante, que viene el comercial. Y así todo.

THE SERRY'S BOY

